

pero su resignacion sigue inalterable. Infundiendo al Directorio nuevos temores los triunfos de los austriacos en Italia, y temiendo que no vayan por el Santo Padre hasta Brianzon, manda que tambien sea trasladado á Grenoble; y el Vicario de Jesucristo parte en una modesta silla de dos asientos, teniendo á su lado los dos solos compañeros que se le han querido dejar.

Imponderables son los obsequios que la piedad de los grenobleses le prodigó durante los tres días que allí estuvo, y aun á su salida fueron acompañándole para Valence, á donde llegó el 14 de julio: á inmediaciones de la ciudad vió, conforme habia visto durante el camino, multitud de fieles que se precipitaban á recibir su bendicion, haciendo admirable y abonado contraste con aquellos fieros republicanos que un año antes, en el día aniversario del primer triunfo sangriento de la Revolucion, habian quemado el retrato del Papa junto con otros en aquella ciudad misma.

Señalaron por alojamiento del Pontífice la casa del gobernador, desde cuyo jardin se dominan las márgenes del Ródano; pero encerrado este edificio en el recinto de la ciudadela, la administracion central del departamento del *Drôme*, residente en Valence, declaró con acta solemne que permanecería allí en estado de arresto. Prohibió á las personas de su comitiva decir y hacer en la calle cosa alguna que tuviese carácter de piedad, y se interceptó expresamente toda comunicacion entre la azotea de la residencia y la del convento de Padres Franciscanos, donde habia encerrados treinta y dos sacerdotes fieles, muchos de los cuales habian recibido mercedes del Papa durante su expatriacion en Italia; y tambien ellos por su lado recibieron la terminante orden de no asomarse para descubrir á su augusto y santo bienhechor. Finalmente, prevínose al mismo Papa que no saliera del recinto del jardin, para no causar, segun dijeron, «perturbacion y tropel de gentes,» y á nadie se permitió acercársele sin papeleta, la que escasamente se concedia.

Entre tanto el Directorio de la República francesa habíase templado algo desde que tres de sus cinco miembros, los mas encarnizados contra el Papa, hubieron de ceder su puesto á otros hombres mas humanos; por consiguiente ya no hacian la ley Treilhard, ni Merlin (*de Douai*), ni particularmente aquel Laréveillère Lépaux que ya por medios violentos, ya asalariando adeptos entre la hez de los revolucionarios, pretendia establecer su absurda religion llamada

Teofilantropia consistente en afectar que se amaba á Dios y á los hombres. Así reconstituido el Directorio, las órdenes que enviaba á sus consistorios de las administraciones subalternas eran mas plausibles, y el funcionario dependiente de la administracion del *Drôme* pudo congratularse de no recibirlas en oposicion á los sentimientos de respeto que inspiraban la edad, las virtudes y la dolorosa situacion del Sumo Pontífice; en cambio los administradores, á excepcion de uno solo, conservando la saña y ojeriza anticatólica de Laréveillère, lograron predominar sobre el delegado del Gobierno, y siguieron hostigando á Pio VI hasta que bajó á la tumba.

Los rápidos adelantos de las huestes austriacas y rusas en Italia les condujeron casi á la cima de la cordillera meridional de los Alpes, y alarmado el Directorio, creyendo verles lanzarse sobre Valence, tornóse cruel por miedo, y dispuso la traslacion del Papa á Dijon, «en la inteligencia, decia, que el viaje se hará á expensas «suyas.» Vedó terminantemente detenerse en la ciudad de Lyon, conocida por su ardiente fidelidad á la Santa Sede; pero habíase echado la cuenta sin la huéspedea: cuando la orden llegó, el obstáculo que las dolencias del Papa oponian á esa traslacion era insuperable, y él mismo no dudaba ya de la proximidad de su fin postrero. Sin embargo, ni aun al mirar ante sí el sepulcro entreabierto, le abandona aquella solicitud pastoral que tenia por las iglesias todas, y que habia conservado siempre, y hasta en el momento en que sus achaques le anunciaban la proximidad de su fin, exclamaba: «¡Qué son mis dolores corporales comparados con las congojas de mi espíritu! ¡los cardenales y los obispos dispersos!... ¡huérfanos Roma y mi pueblo!... ¡Ah! ¿y la Iglesia, y la Iglesia?... Esto es lo que dia y noche me atormenta. ¡En qué estado voy á dejarla!...»

Casi todo el día se lo lleva rezando, y aun de noche óyesele repetir salmos, de los cuales hace férvidas aplicaciones á su estado particular. El día 20 de agosto empieza á sentir vómitos acerbos y otros accesos no menos crueles que prueban haberle llegado la perlesía á los intestinos. Despues de confesarse, fijase el día siguiente para administrarle el santísimo Viático, y Pio VI, deseando recibirlo con las mayores muestras de respeto de que es capaz, exige lo saquen de la cama y lo revistan con su sotana, roquete, muceta y estola, sintiendo amargamente no poder arrodillarse ni permanecer en

pié al recibir á su Dios, debiendo hacerlo sentado en su poltrona. El Arzobispo de Corinto es el que le lleva la sagrada Eucaristía, pero al presentarle el cuerpo de Jesucristo, este Prelado cree necesario decirle si perdona á sus enemigos: «Si, responde apresurada- mente; con todo mi corazon, con todo mi corazon;» y alzando los ojos al cielo vuelve á fijarlos en un Crucifijo que tiene en las manos. Su maestro de ceremonias lee en alta voz la profesión de fe marcada en el Pontifical, y cual si sacara nuevo vigor de su fe, mas con la accion que con la palabra manifiesta su adhesion, llevando una mano á los santos Evangelios y poniéndose otra al pecho, y por fin comulga de una manera angelical, arrancando lágrimas de profunda emocion á todos los presentes.

El otro día á las ocho de la mañana, el Arzobispo de Corinto juzga no deber dilatar la aplicacion del Sacramento de los moribundos, en cuyo acto el Pontífice se asocia á cada una de las unciones con tiernísima piedad. Despues de recogerse una hora, dicta y firma un edicto en el que consigna algunas mandas á favor de sus servidores, y encarga al propio Arzobispo la ejecucion de él y la de la cláusula contenida en su testamento relativa al modo y forma como deberá ser enterrado.

Libre ya de todo cuidado ajeno al negocio de su salvacion, solo piensa en ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Por medio de frecuentes aspiraciones manifiesta cuán impaciente está por unirse á Jesucristo; de vez en cuando reza los salmos *Miserere mei* y *De profundis clamavi*, y á menudo repite estos versículos del himno ambrosiano tan propios para perseverar confiando en Dios: *Te ergo quesumus famulis tuis subveni, quos pretioso sanguine redemisti*: «Rogámoste, pues, Señor, que asistas á tus siervos, á los cuales redimiste con tu preciosa sangre.» *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*: «En ti esperé, ¡Dios mio! no sea yo confundido «por una eternidad.»

Sus preces son tan fervientes y continuas en el decurso del dia, que hay necesidad de rogarle modere su fervor por miedo de una recrudescencia en el mal. Con todo eso sus fuerzas se agotan, pero conserva la cabeza despejada y todo su conocimiento, de lo cual se aprovecha para tender afectuosamente una mano paternal á los servidores leales que rodean su lecho, y tomándoles las suyas se las aprieta tiernamente para expresar cuán reconocido se halla á su adhesion y á sus servicios.

Al mediar la noche, algunos síntomas sobrado ciertos anuncian así á él como á los asistentes la proximidad del trance. En seguida el Arzobispo pónese á rezar las oraciones de los agonizantes, y Pio VI deseando seguir con ardorosa piedad y unirse á ella, con meditada intencion le hace ademan de que las formule con páusa, repitiendo interiormente cada palabra como saboreando su sentido verdadero. En el curso de estas oraciones el santo Pontífice rinde tranquilamente su alma en el seno de Dios, á la una y veinte y cinco minutos de la madrugada el día 29 de agosto de 1799. Era su edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias.

Nunca fallecimiento de un pontífice romano produjo tan gran sensacion, y quizás ningun otro papa al dejar este suelo de destierro recibió mayores homenajes de sentimiento, amor y veneracion. En Italia, en España, en Alemania, aun en Francia y por doquiera, Pio VI fué bendecido y celebrado como un mártir, y hasta en San Petersburgo y en Lóndres resonó su elogio. Entre las sectas segregadas causó esta gloriosa muerte conversiones las mas patentes; la misma Ginebra hubo de conmoverse, y uno de sus hijos mas esclarecidos escribió estas palabras: «El católico romano podrá envane- cerse de la victoria memorable que su Jefe ha reportado sobre la «impiedad, y el cristiano de las demás comuniones podrá ver dónde «se halla la verdadera Iglesia, pues ese cúmulo de tribulaciones re- «servadas á los solos pastores de la Iglesia romana le evidenciarán «que las religiones cuyos ministros no causan recelo alguno á los «apóstoles de la impiedad é incredulidad no son seguras, y que el «error, cuando el vicio fraterniza tan abiertamente con él, á nadie «debe seducir. Este será, así lo espero, el fruto de los atentados co- «metidos contra el Papa durante su vida y despues de su muerte ¹.»

Ya estaba inmolada la gran víctima; ya el oleaje de la impiedad, que hasta entonces siguiera desbordándose y dilatando sus estragos, habia llegado, como el océano, al límite marcado por el dedo de Dios: ya tambien preparábase el triunfo de la Iglesia mediante la eleccion prodigiosa de un nuevo pontífice, y la justificacion de la Providencia divina mediante el castigo de los culpables.

La Francia ha osado decir al Cordero dominador: *No queremos que reines sobre nosotros*, y los hombres se han saciado de la sangre de los Mártires; pero tambien la mano de Dios se descarga so-

¹ Véase Baldassari, pág. 557.

bre la Francia y los perseguidores. Un vendaval horrible ha soplado, conmoviendo el país hasta sus cimientos: fundaciones, riquezas, ciudadanos, todo perece, y por espacio de diez años la historia del reino, antes cristianísimo y ahora rebelde á Jesucristo, se escribe con la punta de un puñal ensangrentado: nunca las generaciones contemplaron espectáculo mas lastimoso. Sin embargo, los grandes criminales que arrojaron á la Francia á tales excesos no logran evitar el golpe de la venganza divina que les amaga: el uno es devorado por los perros; el otro fallece miserable, y casi todos pierden su cabeza en el cadalso ¹. Collot-d'Herbois, el que á la ferocidad reunió la derision sacrilega, espanta á los mismos negros por la atrocidad de su muerte: ¡aviso á los perseguidores! Hé aquí un resumen de ella: Este impío furibundo y exaltadísimo revolucionario era carne y uña con Robespierre á quien secundó en todas sus empresas abominables. El fué el promovedor de los asesinatos de Lyon, cuando enviado allá en el año 1793 sacrificó por mano del verdugo, ó á tiros y á metrallazos, nada menos que mil seiscientas personas reas del solo delito de haber querido sacudir el yugo de la tiranía; pero no tardó mucho la ira de Dios en caer sobre él. Vacilando la Convencion en arrostrar la opinion pública abiertamente pronunciada contra este monstruo, decretó su arresto en 2 de marzo de 1795 y luego su deportacion á Cayena, donde no solo era odiado de los blancos, sino de los negros, los cuales en su idioma le llamaban *verdugo de la Religion de los hombres*.

«En aquel destierro, segun refiere un testigo ocular, exclamaba á veces: ¡Castigado estoy! ¡el abandono en que me hallo es un infierno!... En esto le toma y devora una calentura inflamatoria, durante la cual invoca á Dios y á la Virgen santa. Un soldado, imbuido por él en el ateismo, oyendo tales voces, le pregunta cómo llama á aquellos de quienes pocos meses antes se burlaba.—Amigo, responde Collot, entonces mi boca hacia la ley á mi corazon; y volvia á clamar: ¡Dios mio, Dios mio! ¿puedo todavía esperar perdon? Enviadme un consolador; enviadme á quien que aparte mi vista del brasero que me consume. ¡Oh Dios! ¡volvedme la paz! Tan atroz era

¹ Sesenta y tres fueron los presidentes de la Convencion nacional, y de ellos diez y seis murieron guillotinado, tres suicidados, ocho deportados, seis encarcelados á vida, cuatro locos ó dementes en Bicêtre, y únicamente dos se eximieron de toda especie de condena.

«el espectáculo de sus últimos momentos, que fué necesario ponerle «separado; y mientras se buscaba un sacerdote, espiró el dia 7 de junio de 1797 con los ojos entreabiertos, los miembros contraidos, «y echando bocanadas de sangre y espumarajos. Los negros, apresurados para ir á un baile, lo enterraron solo á medias, y su cadáver fué pasto de los cerdos y de los cuervos!...»

Despues de justificada la Providencia, haciendo ver al mundo que ni los hombres ni los imperios, cualesquiera que sean, logran impunemente burlarse del Cordero dominador, y que cuantas veces el grito deicida de los judíos se repite en una nacion, una lluvia de castigos cae sobre ella, la destroza y convierte en padron de la eterna justicia; Dios consoló á la Iglesia, nuestra madre, dándole nuevos hijos en reemplazo de los que se hicieron indignos de sus beneficios.

Primeramente le devuelve, como por milagro, su Jefe visible. Cuando la impiedad creyó poder sentarse triunfante sobre un haz de cruces destrozadas, otro de sus representantes decia en tono de triunfo: «Guardad bien á vuestro Papa actual, cuidadle y embalsamadle «despues de su muerte, porque os predigo y creed cierto que acabado éste no tendréis otro ¹.» Para que se vea toda la ridiculez de tal profecía, obsérvese de qué manera subió Pio VII al trono pontificio.

Coge Dios del brazo al jóven general Bonaparte, vencedor de Italia, y lo conduce á los últimos confines del Oriente; al propio tiempo llama del fondo del Norte á los libertadores del Mediodia, y á su voz los rusos y los ingleses avanzan sobre Italia, desalojan de ella á los franceses, y dan tiempo á los dispersos cardenales de reunirse para elegir un nuevo pontifice; y á fin de que este grande acontecimiento tuviese el sello de una potestad sobrenatural, Dios elige al protector nato de la Iglesia griega para que se constituya defensor de la romana, ordenándole que cambie la faz de la Italia, que aleje todos los obstáculos y allane todos los caminos para la reunion de un nuevo conclave de una manera pacífica y regular, y que no ofrezca la menor apariencia ni pretexto de division. Venecia es la que tiene la dicha y la gloria de albergar al Sacro Colegio; júntanse en su re-

¹ Barruel en sus *Memorias para esclarecer la historia del Jacobinismo*, refiere que esta especie fué vertida por el apóstata Cerutti, entonces redactor de la *Feuille villageoise*, hablando con el secretario mismo del Nuncio apostólico en París.

cinto los miembros de él, y echados los votos queda proclamado Pio VII. Tiene ya, pues, la Iglesia otro jefe digno de reparar sus quebrantos y cerrar sus llagas, y queda de nuevo y para siempre afianzada la religion católica, no consintiendo la Providencia que la sucesion de los Pontífices romanos quede interrumpida, ó que una religion cismática desgarré el Catolicismo.

No era este el solo consuelo que el Hombre-Dios daba á su muy amada Esposa; pues al tiempo que una parte de la tribu santa la honraba con su constancia bajo el hacha de los verdugos, la otra la hacia conocer y respetar en los países donde reinaba la herejía. Cuarenta mil sacerdotes franceses lo abandonan todo antes que renunciar á la Religion: id, ilustres proscritos; nueva mision os comete el cielo, y vosotros seréis los instrumentos de un nuevo prodigio que va á confundir á la impiedad. Estos sacerdotes y pontífices, gloriosos confesores de la fe romana, se derraman por toda la haz de Europa, y el carácter de persecucion que llevan impreso, su saber, su celo, su caridad, su solo aspecto echa por tierra las añejas prevenciones que por tanto tiempo han dividido la grey de Jesucristo. Hablan, y conversiones innumerables siguen á sus discursos; el movimiento se propaga, y los príncipes, los sabios, los hombres de todas las clases vuelven al gremio de la Iglesia para convertirse en hijos llenos de respeto y cariño filial, que enjugarán á porfia el llanto de la Esposa de Jesucristo. Es cosa admirable que nunca como en aquel periodo abundaron tanto las conversiones en el seno de las iglesias segregadas; de manera que el terrible huracan de la revolucion francesa, el cual segun decir de los impíos debia aniquilar á la Iglesia, convirtiéndose insiguendo los decretos de la Providencia en aura favorable que transportó á remotas regiones la semilla evangélica, la cual rindió sin cesar un beneficio de ciento por uno.

Mas todavía: la América estaba alargando sus brazos á la Iglesia romana, el Gobierno protestante de los Estados-Unidos pedia obispos, y las naciones mas lejanas de Oriente, estremeciéndose al nombre de Jesucristo, postrábanse de hinojos al pié de la cruz. Sí: al mismo tiempo que la impiedad victoriosa se esforzaba en apagar la antorcha evangélica con la sangre de sus sacerdotes, la Providencia hacia llevarla á un país nuevo donde aun no habia penetrado. Este país era la Corea.

Llámase Corea una península idólatra, casi igual en extension á

la Italia, colindante con la China y separada del Japon por un brazo de mar ancho de unas treinta leguas. Hé aquí cómo se introdujo en ella el Cristianismo: Llega á Pekin en 1784 un mancebo llamado Ly, hijo de un embajador del rey de Corea. Aficionádo este jóven á las matemáticas, se dirige á los misioneros europeos pidiéndoles libros y lecciones sobre esta ciencia, y los misioneros, aprovechando la coyuntura, se los prestan tambien sobre religion. La gracia obra en él, se convierte, y es bautizado con el nombre de *Pedro*. De regreso á su patria el nuevo discipulo de Jesucristo comunica á sus deudos y amigos los principios de la verdadera fe, les presta los libros que habia recibido, cuya lectura junto con las lecciones vivas del neófito atraen á muchos á la nocion del verdadero Dios. Á mas de los que él bautiza por su mano, por la de los catequistas que tambien instituye, entran en el gremio del Cristianismo personas de toda clase, cuyo número en el breve espacio de cinco años excede de cuatro mil.

La propagacion de la nueva doctrina no pudo ocultarse mucho tiempo á los ministros del rey de Corea, los cuales decretaron varias capturas; pero la persecucion en todos lugares y en todos tiempos acrece infaliblemente el número y el fervor de los cristianos: entre los presos habia dos hermanos llamados Pablo y Jaime, los cuales, preguntados por el gobernador, con noble sinceridad confesaron á Jesucristo. Pablo demostró la verdad de la Religion con tal evidencia, que los gentiles quedaron asombrados y los jueces furiosos. Habiendo escrito al Rey, dió orden de buscar con diligencia á todos los cristianos, reducirlos á prision, y no soltarlos hasta que renunciaran á su creencia, de palabra ó por escrito. Tocante á los dos hermanos dispuso fuesen llevados á su presencia, pues queria interrogarles él mismo. Á las varias preguntas que les dirigió, respondieron: «Profesamos la religion cristiana, porque hemos reconocido su verdad, y sea cual fuere la voluntad de Dios, cristiano nos viviremos y moriremos.»

Esta contestacion lacónica, pero enérgica, no fué del agrado del tribunal de la corte, y en consecuencia dispuso se torturase á los dos hermanos hasta que renunciaran á Jesucristo. Haciéndose mas tenaces con los tormentos, se procuró reducirles con halagos, y como todo fuese inútil, airado el juez decretó su muerte. Segun costumbre del país, el rey debia confirmar este decreto, pero súpole